

Las palabras de  
una mujer



# Las palabras de una mujer

Descubre el corazón del diálogo femenino

CHRYSTIE COLE

Las palabras de una mujer  
Descubre el corazón del diálogo femenino  
@ 2019 por Grace Church y Chrystie Cole  
Todos los derechos reservados

Todo el texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin previa autorización de la editorial, excepto en el caso de citas breves.

Traducción, edición y adaptación del diseño en español: Grupo Scribere  
Diseño de portada, diagramación e ilustraciones: Madei Click  
Foto de portada: Kim DeLoach

ISBN: 9781086570687

Library of Congress Control Number:2019912130

Grace Church  
2801 Pelham Road  
Greenville, SC 29615  
Estados Unidos de América  
[www.gracechurchsc.org](http://www.gracechurchsc.org)

# AGRADECIMIENTOS

Este libro es el fruto de muchos hombres y mujeres que aman a Jesús y están comprometidos con la búsqueda y la comunicación de Su verdad. Ante todo, gracias al equipo docente que comenzó el presente proyecto hace varios años: Chris Curtis, Virginia Griffin, Jim Taylor y Bill White, quienes se dispusieron ciento por ciento a abordar el tema del discurso personal y su relevancia en la vida de cada mujer. Su compromiso proporcionó la estructura de gran parte de nuestro estudio.

Gracias al Equipo de asesoramiento pastoral: Mike Chibbaro, Chris Curtis, David Delk, Jim Taylor, Bill White y Matt Williams por aportar sabiduría, conocimiento, claridad bíblica y comentarios a esta investigación. Su compromiso de amar, servir y preparar a las mujeres de Grace Church resulta humilde y alentador.

A Ruthie Delk: hermana, mil gracias por encerrarte conmigo en una cabaña durante toda una semana con el propósito de ayudarme a reestructurar, clarificar, añadir preguntas para el debate e impulsar la revisión completa de este estudio cuando ya estaba próximo a culminarse. Tu talento, tu manera de aportar reflexiones, tu capacidad para que el contenido sea más accesible y tu pasión por discipular a las nuevas creyentes, es una enorme bendición para Grace Church.

Mi agradecimiento a las mujeres de Grace Church quienes brindaron su tiempo para servir como lectoras de pruebas: Amy Kennedy, Barbara Dansby, Carolyn Berg, Charnise Mangle, Christy Peterson, Elisabeth Ingram, Gina Kincaid, Jessica Sterling, Jill Jennings, Cindy Barwick, Johndra McNeely, Kari Buddenberg, Katie Buckingham, Kayla Burns, Kelly Childress, Keri Geary, Kerry Sweeny, Kristi Stallo, Kristin Ellis, Laura Roe, Lauren Tingle, Leslie Baxley, Lisa Troup, Lisa Yerrick, Lori Fay, Missy Lynch, Melanie Clint, Melinda

Davidson, Mia Huffman, Monique Cook, Laurie Campbell, Nathalie Richard, Patti Massullo, Shannon Wilson, Sherry Gilliland, Stephanie Wood, Susan Jenkins, Tiffany Guerrero, Julie Cook, Tonia Hawkinson, Tracy Newkirk, Trina Thiry, Wendy Bosier y Rachel Asire. Sus comentarios, estímulos, críticas constructivas, conocimientos son siempre invaluable y conforman una buena parte de las reflexiones y la orientación de nuestro proyecto.

La columna vertebral de este estudio es el equipo de oración que se comprometió fielmente a interceder delante de Dios por el proyecto. Gracias a: Adriana Avila, Amy Kennedy, Betsy Killins, Chappell Hughes, Glynis Lowrance, Hope Bray, Jane Wall, Joan Adams, Cindy Barwick, Julia Taylor, Kerry Sweeny, Kristin Ellis, Lacey Allston, Leslie Bennett, Nathalie Richard, Rose Marshall, Cindy Chibbaro, Shannon Wilson, Shari Horner, Stephanie Clarey, Virginia Vanvick, Virginia Griffin y las innumerables personas que oraron sin yo saberlo. Conocer que oraban y recibir sus oportunas palabras de aliento fueron una fuente constante de esperanza y fortaleza en todo este esfuerzo.

Gracias a Abby Keith, que me regaló su tiempo, sus energías y sus técnicas de redacción para editar el estudio; a nuestro equipo de comunicaciones: Scott Mazingo, Tish Pitman, Madei Click, Matt New, Megan Burleson y J. J. Puryear por su atención a los detalles, sus habilidades creativas y su compromiso con la excelencia.

Damos las gracias al equipo de Grupo Scribere que hizo posible la traducción de esta obra. Nos sentimos muy agradecidos de contar con su colaboración en la difusión del amor de Cristo y la verdad de Su Palabra entre nuestras hermanas latinas.

Asimismo, extendemos nuestra gratitud infinita a Nathalie Richard, Mary Ezzell, Adriana Avila, Claudia Mendoza, Betsy Killins, Xochil Lacayo y Hellen Castro por leer cada capítulo de esta obra y darnos sus valiosos comentarios. Nuestra gratitud por ustedes es inmensa. El amor que demuestran por Jesús es notable en la manera en la que entregan sus vidas en servicio al cuerpo de Cristo.

Mi más sentido agradecimiento a las mujeres de Grace Church que dirigen nuestros estudios Ezer, las cuales están comprometidas

con el trabajo del discipulado intencional, y completamente abiertas al debate mutuo sobre temas delicados y difíciles. Esas que lideran con valentía, modestia y ternura. Gracias por cumplir con fidelidad la misión del ministerio Ezer. Y, por último, mi gratitud a las mujeres de Grace Church que participan en cada estudio del ministerio Ezer, que tienen hambre de las verdades espirituales y que desean crecer a la imagen y estatura del Señor Jesucristo.





# CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS 5

1

LAS PALABRAS SÍ IMPORTAN 9

2

LAS PALABRAS NOS FORMAN 19

3

EL ORIGEN DE LAS PALABRAS 29

4

EL FRUTO DE NUESTRAS PALABRAS 39

5

LA RAÍZ DE NUESTRAS PALABRAS 51

6

EL CHISME 85

7

LA INTROMISIÓN 99

8

ALBOROTADORAS, ARMONIZADORAS  
Y PACIFICADORAS 117

9

LABIOS PUROS 141

NOTAS 171



# LAS PALABRAS SÍ IMPORTAN

Después, el SEÑOR Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Haré una ayuda ideal para él».

Génesis 2:18

## UN LLAMADO DIVINO

Las palabras son poderosas: crean, moldean, definen, explican nuestra realidad a partir del preciso momento en que somos capaces de comprenderlas. Nos ayudan a desarrollarnos, a asimilar y a comprender el mundo que nos rodea. Son imprescindibles para los vínculos que establecemos, la labor que desempeñamos y los problemas que intentamos solucionar. Contienen el poder para crear o para destruir. Nos fortalecen y nos llenan de valentía, o nos ultrajan y nos desmoralizan. Su impacto trasciende las culturas, los estratos socioeconómicos, los niveles educacionales y los géneros. Por igual, hombres y mujeres las emplean constructiva o destructivamente. Entonces, ¿por qué un estudio sobre el discurso femenino? Encontramos las respuestas en el primer libro de la Biblia.

## 12 LAS PALABRAS DE UNA MUJER

En Génesis 1:26, el Señor decidió crear al hombre a Su imagen. Por tanto, creó a los seres humanos para que fueran un reflejo de Su persona y lo representaran ante el resto de la creación (Gén. 1:26-28). Dios creó a la humanidad con un propósito específico y divino: ser la imagen y el reflejo del Creador y bendecir al mundo. Génesis 2 continúa este tema y nos indica la razón específica por la cual Él decidió crear a la mujer:

Después, el SEÑOR Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Haré una ayuda ideal para él».

Génesis 2:18

Dios miró Su creación y vio que era buena; pero luego, al ver que Adán trabajaba solo en el jardín, por primera vez hizo la declaración: «No es bueno». Así que tomó la decisión de hacer una colaboradora, una *ezer-kenegdo*, para el hombre.

La palabra hebrea *ezer* significa «uno que refuerza, alguien que suple las carencias de otro». Un *ezer* ayuda a su compañero a lograr un objetivo determinado. Entonces la voz *ezer*, en realidad, es portadora de una fuerza inherente. La palabra *kenegdo* quiere decir «correspondiente a»; así que, juntos, *ezer-kenegdo* denota una contraparte esencial o una fuerza correspondiente.

Un *ezer* es un aliado, alguien que apoya, auxilia, se une a tu batalla y te fortalece. Y Dios confió Su naturaleza *ezer* a las mujeres para que reflejen tal carácter divino de una manera distinta y poderosa.<sup>1</sup>

La palabra *ezer* se usa veintiuna veces en la Escritura: dos en referencia a la creación de la mujer, y tres como término militar. Pero se emplea en dieciséis ocasiones para referirse a Dios como nuestro *ezer*, aquel que trae fuerza y vida a Su pueblo por medio de una relación íntima con Su persona.

La fuerza que vivifica la naturaleza *ezer* de Dios se muestra en el Salmo 146:

No pongan su confianza en los poderosos; no está allí la ayuda para ustedes.

Ellos, al dar su último suspiro, vuelven al polvo, y todos sus planes mueren con ellos.

Pero felices son los que tienen como *ayudador*, al Dios de Israel los que han puesto su esperanza en el SEÑOR su Dios. Él hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Él cumple todas sus promesas para siempre.

*Hace justicia al oprimido y da alimento al que tiene hambre.*

El SEÑOR *libera a los prisioneros.*

El SEÑOR *abre los ojos de los ciegos.* El SEÑOR *levanta a los agobiados.* El SEÑOR ama a los justos.

El SEÑOR *protege a los extranjeros que viven entre nosotros.* *Cuida de los huérfanos y las viudas, pero frustra los planes de los perversos.*

El SEÑOR reinará por siempre. Él será tu Dios, oh Jerusalén, por todas las generaciones. ¡Alabado sea el SEÑOR!

#### Salmos 146:3-10 (énfasis añadido)

Los versículos describen la naturaleza *ezer* de Dios como alguien que asiste a los necesitados: los pobres, los hambrientos, los marginados, los oprimidos, los extranjeros, los que se encuentran en una posición de desventaja, debilidad y dependencia. Él brinda poder, asistencia, refugio, alimento y apoyo. Quienes no tienen nada que ofrecerle al Padre, pueden acceder a Él, conocerlo y recibir Sus favores y beneficios. Entra en sus vidas y aporta todos Sus recursos de tal manera que ellos llegan a cumplir el propósito para el cual fueron creados. Aquellos que tienen a Dios como su ayuda, como su *ezer*, son bendecidos (Sal. 146:5).

El Señor les ha hecho este llamado a las mujeres. Las creó para reflejar Su naturaleza *ezer* de modo que brinden fortaleza, vida, auxilio, apoyo y refugio en sus relaciones y a través de ellas. El Señor les ha concedido usar este don a través de la naturaleza femenina. Es un don que Él quiere que sea fuente de dicha y bendición inagotables. Sin embargo, aunque hagamos nuestro mejor esfuerzo, esto es algo imposible de lograr si no establecemos un vínculo con los demás. Las

palabras tienen un gran impacto en la formación y el desarrollo de las relaciones; esto significa que vivir el llamado de Dios como una *ezer* ocurrirá, en gran parte, a través de nuestro lenguaje, ya sea escrito o verbal.

Si bien ser una *ezer* es el mismo llamado para todas las mujeres, existe libertad de expresión de acuerdo con la individualidad y la etapa de vida de cada una. La individualidad de una mujer, lo que la identifica, incluye: carácter, historia personal, educación, experiencias en la vida, batallas con el pecado, fortalezas y debilidades. Estas formas individuales determinan cómo una mujer vive su ministerio de *ezer*. Pero la etapa de vida de una mujer, sea estudiante, esposa, madre, soltera, trabajadora, cuidadora de un familiar discapacitado o padres ancianos, divorciada, viuda, sola porque sus hijos ya han hecho sus vidas, o abuela, también define cómo y con quién desarrolla su misión.

El llamado a ser una *ezer* se refleja a través de la aptitud de cada mujer para invitar, nutrir y asociarse con las personas que la rodean. Estas capacidades son atributos de Dios que evidencian Su carácter. Invitar es la puerta de entrada que nos relaciona con los demás. Aquí es donde comienza el llamado a ser una *ezer*. *Invitar es dar la bienvenida a otros a una relación segura, vivificante y generosa en la que puedan encontrar fortaleza y refugio*. Cuando una mujer invita a sus semejantes a este tipo de relación, está revelando la hospitalidad divina.

*Nutrir es cuidar y promover el desarrollo de otro para lograr su independencia*. La capacidad de nutrir que Dios ha dado a las mujeres consiste en aportarles todos sus recursos, incluidas sus palabras, a otro individuo, de tal manera que pueda crecer gradualmente. La mujer es capaz de alimentar, sea madre o no. Dicho atributo de Dios se refleja en todas sus relaciones.

Vemos que nutrir es proporcionar tus recursos a otro para llevarlo a ser la persona que el Señor quiere que sea. Ahora, *asociarse es ayudar a otro a fin de lograr una meta*. Al hacerlo, una mujer suma todas sus habilidades y recursos a los de otro individuo. Ella comparte el peso y la responsabilidad, de manera que su compañero siente

que existen un equilibrio mutuo y un sentido de verdadera asociación para lograr juntos una determinada meta.

Estas capacidades divinas y perfectas se manifiestan de manera especial en las mujeres; pero como resultado de la caída en Génesis 3, la imagen de la naturaleza *ezer* de Dios a través de la feminidad está distorsionada. En vez de acercarnos a los demás y fortalecerlos, corrompemos este llamado al usar nuestra fuerza e influencia para aprovecharnos de los demás. En lugar de vivir en una relación interdependiente con otras personas a las que aportamos fuerza y vida, optamos por dos cosas: o abandonar los vínculos para encerrarnos en la autoprotección, o dominar las relaciones mediante la autopromoción. Tanto una como otra son las consecuencias del pecado original de autonomía, ese deseo de ser independientes y tener autoridad moral en nuestra vida, que anula la capacidad de existir como una *ezer*.<sup>2</sup>

No solo las mujeres tienen problemas con las palabras; también los hombres y los niños luchan por controlar la lengua. Sin embargo, debido al carácter específico del llamamiento de una mujer (que es fortalecer las relaciones), es de vital importancia cuidar nuestras palabras y esforzarnos por emplear un diálogo que refleje el llamado divino. Demostramos la autonomía femenina cuando usamos las palabras con la intención de controlar las circunstancias, dirigir nuestras vidas y las de otros según nos convenga. Por lo general, esto se manifiesta en la vida de una mujer a través de algún tipo de discurso de autopromoción o autoprotección.

Puedo recordar cómo yo misma busqué autoprotegerme ante una decisión que mi esposo estaba tomando. Convencida de cuán perjudicial sería para la familia, empecé a acosarlo con muchas preguntas. Exageré cada detalle posible una y otra vez. Mi discurso se tornó más egoísta y cortante en la medida en que aumentaban mis temores. Su elección iba a causarnos un gran malestar a ambos. Sin embargo, era lo mejor para nuestro hijo. El problema no era tanto lo que él decidiera, sino que, simplemente, a mí no me agradaba porque no quería hacer los sacrificios necesarios. En aquella etapa, mi lealtad era para mí; solo importaban *mis* deseos, y mi diálogo lo hacía evidente.

*La autoprotección verbal* se manifiesta de varias formas: desviar, culpar a otro, evadir, decir verdades a medias, disfrazar las intenciones o justificar nuestro comportamiento. Un discurso autoprotector puede provenir de:

- La mujer que nunca ha experimentado el amor de un padre, y que es en extremo crítica con su propio esposo. En el fondo, teme no ser digna de amor, así que no se arriesga a sensibilizarse ante él porque le resulta más fácil destruir y criticar.
- La mujer que culpa o evade al otro durante el conflicto, y prefiere que este sienta su culpabilidad y equivocación antes que asumir ella sus propios defectos.
- La mujer que, previo a tomar cualquier medida, hace mil preguntas, aclara una y otra vez, no porque quiera entender, sino porque no desea fracasar.
- La mujer soltera que destroza verbalmente a los hombres para sentirse mejor en su soltería.

*La autopromoción verbal* también toma muchas formas. Puede parecer un alarde, que es más bien un intento de controlar las opiniones que los demás tienen sobre nosotras. Sucede de manera obvia o sutil; a veces, incluso, ocultamos nuestra petulancia detrás de una fachada de espiritualidad o humildad artificiales, insertando de forma estratégica declaraciones sobre nuestro trabajo voluntario en conversaciones con otros. Se parece a la adulación: usar un elogio poco sincero o excesivo para ganarnos el cariño de los demás. Exageramos los detalles o también mentimos en un intento por realzar nuestra persona. Un discurso autopromotor puede provenir de:

- La joven que, herida por una relación rota, intenta con los demás llenar el vacío. Prefiere entonces que la compadezcan o justifiquen, y estimula la ira y la división entre sus compañeros antes de dejarse ver como indigna o indeseable.



- La esposa desencantada que busca un «equipo» para propiciarle una golpiza moral a su marido. Escoge a aquellos que se ponen de su lado, la apoyan, reafirman su frustración, defienden sus quejas, en lugar de buscar a quienes le dirán la verdad, desafiarán su perspectiva y alentarán un espíritu de humildad y armonía.
- La mujer que desacredita a su compañera de trabajo al señalar con sutileza sus debilidades o fallas para desplegar sus propias fortalezas. La socava con astucia en un intento de elevarse a sí misma.
- La madre que critica y culpa al maestro por los fracasos escolares de su hijo. Prefiere destruir la credibilidad y la reputación del maestro antes que aceptar que los problemas de su hijo son un reflejo negativo de su desempeño materno.
- La mujer que comparte opiniones sin sopesar primero sus palabras; no se detiene a pensar el impacto que podría tener lo que dice o la forma de expresarlo en la persona que escucha. Su discurso es mucho más importante que sus oyentes.

Nuestros propios deseos egoístas subyacen bajo la autopromoción y la autoprotección. *Las palabras son la herramienta que con frecuencia empleamos para satisfacer esos deseos de acuerdo con nuestros intereses.* Ejercemos la autonomía mediante el empleo de ciertas formas discursivas para manipular a otros y controlar el mundo circundante.

Me avergüenza traer a la memoria una conversación que sostuve en algún momento con mi esposo. Recuerdo que estaba furiosa con él en ese instante; muchas de mis frustraciones tenían razón de ser, pero otras eran infundadas. Por aquellos tiempos yo quería comprar algo. Sin embargo, nuestra economía era escasa y sabía que, de seguro, me diría que no. Un día me acerqué a él y le expuse mis argumentos. ¡Fue una jugada magistral! Calmada y respetuosamente le expresé mis decepciones: entretejé elementos de verdad con algunos de culpa y ma-

nipulación. Disimulé todo bajo una falsa humildad y señalé: «Estoy segura de que el problema está en mí»; luego hice mi última jugada mencionando aquello que podría ayudarme y que, por supuesto, era lo que yo anhelaba comprar. Al final logré que mi esposo se sintiera culpable por sus errores y me compró lo que yo deseaba. Me mortifica admitir que, de hecho, eso era lo que yo quería. Poco después, tuve una sensación molesta en la boca del estómago. Sabía que algo no estaba bien. Luego de varios días y un poco de autoexamen, el Señor expuso los motivos egoístas de mi alma. Se los confesé a mi esposo y le pedí perdón.

Lo peor de la circunstancia es que ni siquiera estaba del todo consciente de mis actos. Opinaba que tenía la razón y sentía que mis pensamientos, mis palabras y mis acciones eran completamente justificados. Mi ceguera me había sumido en el autoengaño. Me amaba a mí y a nadie más. Quería lo que quería: ajustarles cuentas a los supuestos errores de mi marido y satisfacer mis deseos materiales. Sacrifiqué a mi esposo en el altar de mis propios planes. Mi egoísmo alimentó mis palabras, las conformó, las maquinó, las manipuló y, en última instancia, reflejaron más el carácter de Satanás que el del Señor, a cuya imagen fui creada.

La explicación es que nos amamos más a nosotros mismos que a Dios y al prójimo. Añoramos crear nuestra propia utopía: un mundo que podamos administrar y tener bajo control para alcanzar la alegría, el bienestar y la seguridad deseados. Por eso sacrificamos a otros para lograrlo. En resumen: *las palabras ponen de manifiesto nuestra lealtad*. O nos dedicamos a nosotros mismos y llevamos a cabo una agenda personal, que es la autonomía, o nos consagramos a Dios, sometiéndonos a Su llamado en nuestra vida y confiándonos a Su cuidado.

El objetivo de este estudio es examinar el impacto que tienen las palabras en nuestro llamado femenino. Como *ezer*, este se cumple a través de las relaciones que entablamos con los demás. Lo que expresamos forja nuestros vínculos. Las frases de nuestros labios fortalecerán y avivarán una relación, o la destruirán. Las palabras sí importan.

## *Preguntas para reflexionar*

1. ¿Qué te sorprende sobre la definición de *ezer* y lo que significa ser una mujer?
2. La autopromoción y la autoprotección corrompen nuestro llamado. En tu caso, ¿cuál te caracteriza más?
3. Si alguien grabara todas tus frases y conversaciones de este último mes, ¿a quién dirían que consagras tu vida?
4. ¿Cuál es tu lucha personal con tus palabras o tu discurso?

